



LA COMUNA,  
RIMBAUD  
Y LENIN  
(A COTÉ DE  
CHARLEVILLE)  
Primera  
Parte\*



HUNWOD  
COMUNA  
yo es otro

Carlos  
Enríquez  
del Árbol

*¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos, no maudigamos la vida.*

Arthur Rimbaud

*No me encuentro entre quienes temen al pueblo. De él, y no de los ricos dependemos para una libertad continuada.*

Thomas Jefferson

*Las revoluciones son la fiesta de los oprimidos y explotados.*

Lenin

Nuestro itinerario —creo que ya os he acostumbrado— está hecho de paradas y excursiones que con prisas no nos estarían permitidas.

Nos concederemos pues, antes de encarar por fin (han pasado algunos años desde que empezamos el trayecto en febrero de 1917) el mes de octubre, una necesaria demora en la importancia de unos escritos de Lenin que, aunque fechados distantes entre sí, no dejan de tener una presencia

continuada en su pensamiento teórico: la Comuna de París y sus enseñanzas. La Comuna de París es objeto de uno de los libros más decisivos de Marx: *La Guerra Civil en Francia*<sup>1</sup>. Lenin lo tiene siempre presente. Como la propia Comuna. Y el párrafo final de Engels en el prólogo de 1891: «Últimamente, las palabras 'dictadura del proletariado' han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: he ahí la dictadura del proletariado».<sup>2</sup>

\* *Fragmentos de un Seminario*. Hemos dividido este fragmento perteneciente a mi Seminario 2006-2007 *Los días fugitivos*, en tres partes. Miguel Ángel Padilla me ha pedido una aclaración que debía haber aparecido en el fragmento del nº 22 de *Laberinto* (*En casa de Sujánov*) sobre mi categoría de 'marxismo revolucionario'. Cuando la utilizo no tiene nada que ver con la que se utilizó en el PCE en la Transición para sustituir al marxismo leninismo y al abandono de la dictadura del proletariado. Tendré tiempo de explayarme sobre el particular.

1 Marx, C. *La Guerra civil en Francia*, Ediciones de cultura popular, Barcelona, 1968.

2 *Op. cit.* p. 30. Contraste con lo que ha sido la tradición estalinista dominante que Balibar resumió así: «Si queréis saber lo que es la dictadura del proletariado, cuáles son sus condiciones, por qué es necesaria, volvedos hacia el ejemplo de la URSS». Cfr. Balibar, E. *Sobre la dictadura del proletariado*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 10 y ss. Algún día nos acostumbraremos a entender que en la experiencia soviética hay (como mínimo) dos etapas de la dictadura del proletariado: antes y después de 1929. Y la segunda, el estalinismo presenta tremendas incongruencias. Dos para empezar: por un lado, declarar por decreto la superación de la lucha de clases contra la teoría marxista y las

«Pero pegada a esta consideración del límite debemos percatarnos de que Ulianov tiene presente la Comuna como una advertencia previa»

En los meses clandestinos previos, en camino hacia la casa de Sujanov, Vladimir Ilich, seguro de que la insurrección llegaría en poco tiempo, no sólo no cesa de escribir dando por sentado la inminencia de la insurrección, sino que se aproxima al límite, que no es otro que el otro poder soviético que habrá que levantar.

Os recuerdo que le ha llegado el turno a *El Estado y la Revolución*. Que todo lo que venimos examinando, todos los materiales entregados, nos preparan para intentar leer esa obra clara, enigmática, incomprendida y tergiversada. Y le digo a Valentín Berrocal, enfrascado como está en el *Manifiesto* y su reescritura, por si le sirve de algo, que la Comuna es la llave maestra para entrar en esa obra de Lenin y para garabatear en el futuro antes de que la clase obrera tomara el Palacio de Invierno. Y tal vez le sirva la indicación de Lenin, que anota en la pág. 58<sup>3</sup>, que la única «corrección» que Marx consideró necesario introducir en el Manifiesto fue hecha por él a base de la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

Pero pegada a esta consideración del límite debemos percatarnos de que Ulianov tiene presente la Comuna como una advertencia previa. Evitar el exterminio cruel que sufrieron los comuneros, hombres, mujeres y niños. El cementerio de Père Lachaise es el testigo enmudecido de la carnicería. Sus muros de la rue des Pyrennées me han acompañado siempre en mi trayecto habitual en mi querido acogimiento parisino.

Entonces deberemos repasar los increíbles textos de Lenin, incluidos los borradores, sobre esas pocas semanas en las que el proletariado parisino tomó los cielos por asalto, en palabras de Marx<sup>4</sup>.

¡Oh, el otro mundo, la habitación bendecida por el cielo, y los parajes umbríos», escribe Rimbaud en el poema 'Ouvriers' de las *Iluminaciones*, y acercándose al final en 'Guerre': «

—Hoy, la inflexión eterna de los momentos y el infinito de las matemáticas me impulsaron por ese mundo en que padezco todos los acontecimientos civiles, respetado por la infancia extraña y los efectos enormes.—Sueño con una guerra, de derecho o de fuerza, de muy imprevista lógica<sup>5</sup>.

Esta obra extravagante [*La tentation de San Antoine*] me impide pensar en los horrores de París. Cuando hallamos el mundo demasiado malo hay que refugiarse en otro. ¡La vieja frase «al consuelo de las letras» no es una vulgaridad!». (Flaubert en carta a la princesa Matilde en mayo de 1871)<sup>6</sup>.

La revolución debe consistir, no en que la nueva clase mande y gobierne con la ayuda de la vieja máquina del estado, sino en que destruya esta máquina y mande, gobierne con ayuda de otra nueva. (Lenin)

¿Qué otro? ¿Qué otra?

1. El inicio de la Comuna tiene una fecha concreta: el 18 de marzo de 1871. Engels lo señala en el prólogo citado de 1891:

El 18 de marzo [Thiers] envió tropas de línea con orden de robar a la Guardia Nacional la artillería que era de su pertenencia, pues había sido construida durante el asedio de París y pagada por suscripción pública. El intento no prosperó; París se movilizó como un solo hombre para la resistencia y se declaró la guerra entre la capital y el gobierno francés, instalado en Versalles. El 26 de marzo fue elegida, y el 28 proclamada la Comuna de París.

Resumamos. Pese a la represión y las disensiones en su seno, la AIT había convertido París en su centro más activo. Tras la derrota de Napoleón III en la guerra franco-prusiana, París había sido sitiada implacablemente por los prusianos y no tuvo más

prospecciones de Lenin. Por otro, la tesis de que cuando una formación social alcanza el socialismo ha superado ya la dictadura del proletariado, que vuelve a contradecir todas las proposiciones de Marx y Lenin que afirmaban que lejos de verse superada en el socialismo, coincidía por el contrario con toda la fase del socialismo. Las investigaciones que Carlos Torregrosa y yo mismo emprendimos tenían que ver con todos estos problemas. La más concentrada exposición está en *El proletariado que existió (Teoría de la desmitologización del proletariado)*, UGR, Granada, 2002.

3 Lenin, V.I. *El Estado y la Revolución*, Ed. Ariel, Barcelona, 1981.

4 Cfr. Anexo.

5 Rimbaud, A. *Poesía completa*, (bilingüe), Círculo de lectores, Barcelona 1998. Las traducciones son de Miguel Casado, Aníbal Núñez, Gabriel Celaya y Cintio Vitier. El prólogo es del Miguel Casado.



«Marx tampoco 'vivió' la Comuna directamente y eso no le impidió captar de inmediato su enorme significación»

remedio que rendirse tras terribles privaciones el 28 de enero de 1871. Las duras condiciones del armisticio implicaban la concesión al ejército prusiano de entrar en la ciudad. Cuerpos de ejército a partir del 3 de marzo deben ocupar ciertos barrios. El historiador Dolléans sentencia: «Estas condiciones exasperaron a la población parisiense».

Sabemos que Rimbaud estuvo en un París agotado por el sitio y al borde del motín entre el 25 de febrero y el 10 de marzo. Según Gascar, sin dinero y sin conocer a nadie, no le quedó otro medio de subsistencia que mezclarse con aquellos que, en ese período de hambre, compartían el rancho de los soldados. Rimbaud comía los restos que sacaba por la noche de los cubos de basura, por la noche dormía bajo los puentes, en los portales de las casas o en las gabarras amarradas al Sena. El testimonio de Lissagaray nos ofrece una viva acuarela de la situación:

El hambre picaba una vez más. La carne de caballo era ya una gollería: La gente devoraba perros, ratas y ratones. Las mujeres, con un frío de 17 grados bajo cero, o entre el barro del deshielo esperaban horas enteras una ración de naúfrago. En vez de pan, una masa negra que retorció las tripas. Las criaturitas se morían sobre el seno exhausto. La leña valía a peso de oro. El pobre no tenía para calentarse más que los despachos de Gambetta anunciando los éxitos conseguidos en provincias. A fines de diciembre, se encendieron los ojos, agrandados por las privaciones<sup>7</sup>.

Reducido a un estado de vagabundo y viviendo en medio de la muchedumbre o de la tropa (y visitando las librerías), el joven poeta no pudo hallar situación más favorable para percibir las profundas corrientes del movimiento y presentir los acontecimientos que iban a producirse.

En el transcurso de esta estancia va a impregnarse de todo lo que más tarde le permitirá tener una idea de la Comuna, como si realmente la hubiera vivido, y sobre todo ayudarle a comprender el verdadero sentido de la revuelta. Por ello, no es excesivo suponer que Rimbaud sea considerado como un comunero, pues si bien no tuvo una participación física en el

movimiento, desde el principio lo apoyó, se le adelantó en el pensamiento, conoció su fase preparatoria y, con anticipación puedo extraer de él una iniciación<sup>8</sup>.

Marx tampoco vivió la Comuna directamente y eso no le impidió captar de inmediato su enorme significación. No vamos a depurar toda la información de la que se dispone pero son hechos las tres fugas: a París en agosto de 1870, en tren, donde es detenido por viajar sin billete. Izambard (su joven profesor del Liceo, de ideas revolucionarias, amigo y orientador en la literatura) paga la multa y lo hace regresar a Charleville. Poco más tarde llega a pie a Bélgica, con la esperanza de ingresar en la redacción de un periódico de Charleroi. Fracasado su intento regresa a Francia y asiste al bombardeo de Mezieres y Charleville por los ejércitos prusianos. A pesar de todos los intentos para detenerlos, muy pronto los prusianos ocuparon Charleville (pueblo donde vivía el joven poeta) y Mezieres, y Rimbaud y su amigo Délahaye se paseaban entre ellos con una mueca de desprecio en el rostro. Hay que recordar que ambas poblaciones están cerca de Sedán. Y como hemos dicho, el 25 de febrero de 1871 emprende su tercera fuga, regresando a su casa a través de las líneas enemigas. Una constante: el poeta andariego en el que las botas siempre estarán hechas polvo y confundidas con el polvo.

Es un hecho que en Charleville escribe un «*Proyecto de una constitución comunista*», que se ha perdido, y envía a su amigo Demény la famosa «*Carta del vidente*». Es un hecho que cuando por intermedio de Bretagne, un extraño personaje entusiasta del arte y el ocultismo, con el que se ha vinculado, se pone en contacto epistolar con Verlaine y llega a París en septiembre de 1871 lleva en su bolsillo el manuscrito del «*Barco ebrio*». Una pregunta flota aún: ¿hubiera aumentado su conciencia (en términos hegelianos) los dos meses de la Comuna de haberlos vivido directamente y haber sobrevivido? Recordemos: Rimbaud tenía dieciséis años.

He visto siderales archipiélagos, islas cuyos cielos están,  
delirantes, abiertos al navegante. ¿Es en estas noches sin  
fondo donde tú, millón de aves de oro,  
duermes en el exilio, oh futuro Vigor?

7 Lissagaray, Prosper-Olivier; *Historia de la Comuna*, (1), Editorial Estela, Barcelona, primera edición, marzo, 1971, p. 104.

8 Gascar, Pierre. *Rimbaud y la Comuna*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1971, p. 20.

«Es posible que los pontones de ojos pavorosos a los que alude el poeta sean esos mismos calabozos flotantes»

Realmente, yo he llorado demasiado. Las Albas son desconsoladoras, toda luna es atroz, y todo sol amargo:  
el amor me ha llenado de embriagador torpor.  
¡Que reviente mi quilla! ¡Que me hunda en el mar!

Si yo deseo un agua europea, es el charco negro y frío donde, hacia el crepúsculo ungido, un muchacho agachado deja, triste, un barquito tan frágil como una mariposa de mayo.

Ya no puedo, bañado en vuestra languidez, ondas, borrar la estela de los mercantes de algodón, ni tampoco traspasar el orgullo de las banderas y las llamas, ni nadar bajo los pavorosos ojos de los pontones».

Como un inicial comentario a este final de *Le bateau ivre* reproduciremos la nota a pie de página que hay en la edición que hemos citado:

Abarrotadas ya las cárceles y otras dependencias habilitadas para servir de prisión, tras la derrota de la Comuna, Thiers, artífice de la represión, dispuso que se alojase a los presos menos comprometidos en pontones sobre el Sena (y el Atlántico), adonde fueron conducidos hacinados en vagones de ganado. Es posible que los pontones de ojos pavorosos a los que alude el poeta sean esos mismos calabozos flotantes<sup>9</sup>.

Hugo Friedrich, por su parte, advierte cuando examina el poema que «no tiene nada que ver con ninguna realidad». En todo su estudio sobre Rimbaud curiosamente no aparece ni una sola referencia a la Comuna.<sup>10</sup>

La insistencia sobre los *hechos* se debe a una razón muy simple: Rimbaud es un campo de batalla. No sólo para los que lo quisieron reintegrar al catolicismo como Claudel (empezando

por su hermana Isabel en el lecho de muerte) sino para los que lo reducen a una ideología de la marginalidad y el malditismo, sin que falten lecturas que lo vinculen a influencias ocultistas. La polémica sobre la anterioridad de redacción de *Las Iluminaciones* o *Una temporada en el infierno* es otro síntoma. Para no hablar de la leyenda de que fue traficante de esclavos. ¡Qué estupenda lección: el joven comunero convertido en un mercader deseoso de redondear sus beneficios con la trata de esclavos!<sup>11</sup> O lo irritante de la presunta misoginia rimbaudiana cuando en realidad las mujeres son proclamadas humanidad del futuro y cuando está claro que hombres y mujeres resultan inseparablemente verdugos y víctimas. Que vuelva a fijarse el lector en el poema 'Las primeras comuniones' y compruebe con asombro la manera de entender lo que es la inculcación de la ideología a través de las prácticas. Las mujeres contagiadas por la 'lepra fúnebre', y Cristo, 'ladrón eterno de energías', etc, etc. El tajante poeta, el apátrida, el de la defensa revolucionaria del carácter de clase, el que se decanta no por la identidad sino por la diferencia, el que llama a la sublevación de los pobres sin retroceder ante la violencia (pero al mismo tiempo el antimilitarista), el 'ángel del exilio' según Mallarmé, el que afirma el gesto de la separación, (pero atención, separarse no es refugiarse en el margen). Porque no hay 'afuera'. Bien que lo comprobará en sus interminables viajes. Rimbaud es el verdadero *viajero* y *su sombra*: el viaje es la perpetua huida de una atroz derrota: «Lo más astuto es abandonar este continente, donde ronda la locura para proveer de rehenes a esos miserables»<sup>12</sup>. El silencio es sólo su corolario: «No más palabras»<sup>13</sup>. Si no hubiera muerto a los 37 años habría podido volver y regresado igualmente a la escritura. Y a algo más. Así pues, la obra y el devenir vital del poeta de Charleville dicen otra cosa muy distinta. Desde sus poemas a sus informes científicos a la sociedad geográfica. El impacto del colonialismo finisecular es lo que hay que saber enfocar. Hay una observación sobre el ex-poeta huido que no perderemos de vista y que habla de su comportamiento: «Rimbaud carecía de la arrogancia racial

9 *Op. cit.* p. 231.

10 Se trata del importante libro, *Estructura de la lírica moderna*, Seix Barral, Barcelona 1974. Es llamativa, sin embargo, la repetición de sintagmas como «imaginación dictatorial» o «fantasía dictatorial» y similares. Requiere alguna observación pertinente.

11 Cfr. P. Gascar, *op. cit.* pp. 153 y ss.

12 *Op. cit.* *Una temporada en el infierno*, 'Mala sangre', p. 299.



«Todos los escritores aplaudieron con alivio el baño de sangre en que quedó ahogada la Comuna. Sólo Rimbaud, Verlaine, Villiers de L'Isle-Adam simpatizaron con ella »

frecuente entre los blancos que conviven con otras etnias». Mas. . . ¿es que Rimbaud era blanco? ¿No había escrito también en *Mala sangre*:

Sí, tengo los ojos cerrados a vuestra luz. Soy una bestia, un negro. Pero puedo ser salvado. Vosotros sois falsos negros, vosotros, maniáticos, feroces, avaros. Mercader, tú eres negro; general, tú eres negro; magistrado, tú eres negro; emperador, viejo picazón, tú eres negro: has bebido un licor no tasado, de la fábrica de Satanás?

Y por supuesto no nos interesa su relación con Verlaine más que su convivencia con una abisinia o el harem que era su casa hacia 1889 compuesto por mujeres de todas las razas.

**10** 2. Todos los escritores aplaudieron con alivio el baño de sangre en que quedó ahogada la Comuna. Sólo Rimbaud, Verlaine, Villiers de L'Isle-Adam simpatizaron con ella. Y Victor Hugo que condenó severamente a los versalleses.: «He aquí el tiempo de los Asesinos»<sup>4</sup>.

Hagamos una pequeña antología infame empezando por Flaubert: «A mi parecer, hubieran debido condenar a galeras a toda la Comuna y obligar a esos imbéciles sangrientos a desescombrar las ruinas de París, con la cadena al cuello, como simples forzados. Pero eso hubiera herido a la humanidad. Somos compasivos con los perros rabiosos, y no lo somos con aquellos a quienes han mordido». Leconte de Lisle le pone un sello de fatalismo a su miedo:

[...] deportar toda la canalla parisiense, machos, hembras y crías, para terminar de una vez con las venganzas seguras que sólo esperan su hora; pero hay medidas imposibles, que son desgraciadamente las menos inexorables.

Por lo demás, no está dicho todo, y el día de esa ruina total quizá no se halla lejano. El proletariado triunfará inevitablemente, y será el fin de Francia. Después de todo, ni las civilizaciones, ni las naciones son inmortales.

Alejandro Dumas hijo, propone pocos días después de la aniquilación de los comuneros un programa de actuación para rehacer la unidad del país:

Hay de una parte: los que poseen, los que trabajan, los que saben. Hay de la otra parte: los que no poseen, los que no trabajan, los que no saben.

Es preciso que los que poseen acudan en ayuda, por todos los medios, de los que no poseen. Es preciso que los que trabajan hagan trabajar a los que no trabajan o los exterminen implacablemente si se niegan. El ocioso debe desaparecer del mundo. Es preciso que los que saben informen, instruyan, eduquen a los que no saben y, mientras tanto, los subordinen, en nombre del derecho, de la justicia, de la naturaleza y de la sociedad; porque aquel que no sabe, cualquiera que sea la razón de su ignorancia, es inferior y debe estar sometido al que sabe.

Dentro de este esquema, en *Le mur* de Montagut encontramos matices:

La paz y la concordia deben venir de arriba, descender, ya que no pueden subir. El deber de los comprensivos, de los fuertes, es tender la mano a los débiles, a los ofuscados. ¿Cómo reprochar a la multitud —ya que no se hace nada para ilustrarla, para instruir-la— haber conservado el instinto atávico de los brutos prehistóricos, en los tiempos en que los antepasados caníbales no se encontraban en los bosques monstruosos sino para devorarse en el umbral de las cavernas? Con un poco de suavidad y mucha caridad, se apaciguan las bestias rudas que tienden el lomo y se someten, asombradas de una caricia.

Y como no podía ser menos el ataque al sufragio universal. Por ejemplo E. de Goncourt:

¡Qué imprevisión, qué imbecilidad! La sociedad se mueve a causa del sufragio universal. Es, por confesión de todos, el instrumento fatal de su ruina próxima. Por él, gobierna la ignorancia de la vil multitud. Por él, se ha arrebatado el ejército de la sumisión, la disciplina, el deber. ¡Y decir que al día siguiente de la entrada de los versalleses se podía todo, se

<sup>14</sup> Rimbaud, A. 'Mañana de embriaguez', *Iluminaciones*, ed. cit. p. 381.

## «La experiencia de la Comuna le lleva al límite que se puede vislumbrar en ese momento tras la derrota de la revolución de 1905»

podía lo imposible, y no se ha tocado a ese sufragio mortal! Ese M. Thiers es, a mi parecer, un salvador de sociedad a muy corto plazo.»

O Feydeau:

La pretensión absurda de conceder los mismos derechos políticos a los hombres más inteligentes, a los más instruidos de una nación y a los brutos que sólo saben emborracharse, a la vez, con el vino adulterado de las tabernas y las doctrinas del periódico *Le Siècle*».

De nuevo Flaubert:

El primer remedio sería acabar con el sufragio universal, vergüenza del espíritu humano . . . En una empresa industrial (sociedad anónima) cada accionista vota de acuerdo con su aportación. Así debería ser en el gobierno de una nación. Yo valgo muy bien veinte electores de Croisset.

Finalmente el propio Flaubert en carta a George Sand:

[...] la instrucción gratuita y obligatoria no hará más que aumentar el número de los imbéciles... Lo que urge más es instruir a los ricos que, después de todo, son los más fuertes. Ilustrad al burgués primero, pues no sabe nada, absolutamente nada. Todo el sueño de la democracia es elevar al proletariado al nivel de la necesidad del burgués<sup>15</sup>.

Después de ladrar así, escupirán sobre las tumbas de la Comuna desarrollando toda una serie de temáticas que Lidsky resumió adecuadamente. Nunca la siguiente cita de W. Benjamín podría ser más pertinente aquí:

Tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer.

Finalmente, Alejandro Arozamena me ha recordado este pasaje de Badiou:

Vean como, en el fin de la Comuna, en lo más fuerte de la masacre, A. Dumas (hijo) se revela como un excelente filósofo materialista, tanto en lo que concierne a los «orígenes

prácticos» del pensamiento como para lo que está al servicio de su clase. Para sus lectores del *Figaro* él está aquí comprometido en una dialéctica de la muerte, de la vida, de la identidad y de la diferencia, que culmina con este enunciado vigoroso y transparente: «No diremos nada de las hembras de los comuneros, por respeto a las mujeres a quienes ellas se asemejan cuando están muertas»<sup>16</sup>.

No es algo extraño relacionar ante esta porquería reaccionaria, la respuesta que en 1876 Rimbaud dio a Délahaye, cuando este acudió a visitarlo a Roche donde estaba enfermo de fiebre tifoidea, tras su aventura chipriota, al preguntarle «¿Aún te ocupas de la literatura?»: «Los libros sólo sirven para ocultar la lepra de las viejas paredes».

3. Lenin en 1911 no ha dejado de reflexionar sobre las posibilidades de advenimiento de lo 'otro'. Sobre sus condiciones precisas. La experiencia de la Comuna le lleva al límite que se puede vislumbrar en ese momento tras la derrota de la revolución de 1905:

Para que una revolución social pueda triunfar, necesita por lo menos dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 se carecía de ambas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, y Francia era entonces, en lo fundamental, un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, y la clase obrera no estaba preparada ni había tenido un largo adiestramiento, y en su mayoría ni siquiera comprendía con claridad cuáles eran sus fines ni cómo podía alcanzarlos. No había una organización política seria del proletariado, ni fuertes sindicatos, ni sociedades cooperativas... Pero lo que le faltó a la Comuna fue, principalmente tiempo, posibilidad de darse cuenta de la situación y emprender la realización de su programa. No había tenido tiempo de iniciar la tarea cuando el gobierno, atrincherado en Versalles y apoyado por toda

<sup>15</sup> Todas las citas en Paul Lidsky, *op. cit.*

<sup>16</sup> *De la ideologie*, Maspero, 1976. Pertenece a la etapa un tanto delirante del filósofo francés. La traducción es del propio Arozamena.<sup>17</sup> *Ibid.* pág. 110.



**«El proletariado se detuvo a mitad de camino: en lugar de proceder a la 'expropiación de los expropiadores', se puso a soñar con la entronización de la justicia suprema»**

la burguesía, inició las operaciones militares contra París. La Comuna tuvo que pensar ante todo en su propia defensa. Y hasta el final mismo, que sobrevino en la semana del 21 al 28 de mayo, no pudo pensar con seriedad en otra cosa<sup>17</sup>.

Unos años antes en 1908 había precisado con mayor fuerza el valor y los errores de la Comuna:

A pesar de que el proletariado socialista estaba dividido en numerosas sectas, la Comuna fue un ejemplo brillante de cómo el proletariado sabe cumplir unánime las tareas democráticas, que la burguesía sólo sabía proclamar. Sin ninguna legislación complicada, con toda sencillez, el proletariado, que había conquistado el poder, llevó a cabo la democratización del régimen social, suprimió la burocracia y estableció la elección de los funcionarios por el pueblo. Pero dos errores echaron a perder los frutos de la brillante victoria. El proletariado se detuvo a mitad de camino: en lugar de proceder a la 'expropiación de los expropiadores', se puso a soñar con la entronización de la justicia suprema en un país unido por una tarea común a toda la nación; no se apoderó de instituciones como, por ejemplo, el Banco; la teoría de los proudhonistas del 'justo cambio', etc., dominaba aún entre los socialistas. El segundo error consistió en la excesiva magnanimidad del proletariado: en lugar de exterminar a sus enemigos, que era lo que debía haber hecho, trató de influir moralmente sobre ellos, despreció la importancia que en la guerra civil tienen las medidas puramente militares y, en vez de coronar su victoria en París con una ofensiva resuelta sobre Versalles, dio largas al asunto y permitió que el gobierno versallés reuniese las fuerzas tenebrosas y se preparase para la semana sangrienta de mayo»<sup>18</sup>.

En efecto, si repasamos la historia de la comuna comprobamos que en el mismo momento de la victoria del día de 18 de marzo, cuando el pueblo parisiense en el amanecer, empezando por sus mujeres, que fueron las primeras en echarse a la calle, paraliza las operaciones nocturnas de las tropas de Thiers, detiene al general Lecomte que había ordenado ametrallar a la multitud movilizada, recobra los cañones en el cerro de Chaumont, en Belleville, en el Luxemburgo, se rodea el cuartel Prince-Eugène, se toma la imprenta nacional, se ejecuta a Clément Thomas (que había injuriado a los batallones populares y deshonrado a la guardia nacional) y a Lecomte, se toma posesión del Ayuntamiento por la tarde, y, finalmente se iza la bandera roja en la torre del mismo. En ese día de victoria,

la noche fue tranquila, de una tranquilidad mortal para la libertad. Vinoy llevaba a Versalles, por las puertas del sur, regimientos, artillería, bagajes. Los soldados se dejaban arrastrar, insultaban a los gendarmes. El Estado Mayor, fiel a sus tradiciones, había perdido la cabeza, se dejaba olvidados en París tres regimientos, seis baterías, todas las cañoneras que hubiera bastado abandonar a la corriente del río. La menor demostración de los federados hubiera detenido aquel éxodo. Lejos de cerrar las puertas, el nuevo comandante de la guardia nacional, Lullier, dejó libres al ejército todas las salidas y aún se vanaglorió de ello ante el consejo de guerra.<sup>19</sup>

Ya repasaremos en las próximas sesiones del seminario la discusión sobre la dictadura del proletariado con ocasión del XXII congreso del PC francés en 1976 y sus secuelas. Volvemos en cierto modo a debates que también tuvimos en Granada con su punto culminante en la estancia de Althusser y su conferencia ante miles de personas en el cruce del Hospital Real.<sup>20</sup>

17 OC, Editorial Progreso, Moscú, 1985, Tomo XX, pp. 231-232. Lenin resume el abigarradísimo panorama que ofrece la Francia de los estertores de Napoleón III y sobre todo el París comunero. Nada más conveniente que escuchar la elocuencia de Lissagaray cuando nos habla de los personajes que pululan por ese acontecimiento inesperado. Por ejemplo, a propósito de Félix Pyat que llegó a formar parte de la comisión ejecutiva permanente de la Comuna tras las jornadas de marzo (en un estilo que nos recuerda a Valle Inclán): «Entre la multitud de dramaturgos, taumaturgos, románticos y visionarios que desde 1830 tiraban de las piernas a la revolución social, le correspondía a él la parte de los llamamientos al regicidio, a la chuanería revolucionaria, cartas, alegorías, brindis, invocaciones, trozos de retórica sobre los acontecimientos del día, toda la hojalatería de la Montaña, refrescada con una capa de barniz humanitario. Durante el imperio, sus truculentos manifiestos del destierro hicieron las delicias de la policía y de los periódicos bonapartistas; excelente carne sin sustancia lanzada al pueblo, que no podía extraer de ella el menor jugo vital. Esta embriaguez de ilota era, en sus tres cuartas partes, fingida. El desmelenado, el loco de los tablados, resultaba entre bastidores astuto, retorcido, prudentísimo. En el fondo, no era más que un escéptico amargado, sincero solamente en la idolatría de sí mismo. Llegaba a la Comuna con los bolsillos atestados de decretos». *Op. cit.* p. 241.

18 Lenin, OC, Editorial Progreso, Moscú, 1985, Tomo XVI, pp. 481-482.

19 Lissagaray, *op. cit.* pp. 165-166.

## «Teóricamente la noción de un estado que fuera estado de todo el pueblo es un absoluto contrasentido»

Si el comunismo es una tendencia de la propia sociedad capitalista presente bajo formas contradictorias y provisionales; si todo estado es un estado de clase, es problemático hablar de un 'estado del proletariado'. Lo que Lenin implica con el concepto de dictadura del proletariado es que no hay ni puede haber un estado proletario en simetría con el estado de la burguesía porque significaría la representación del proletariado como una nueva clase dominante en el mismo sentido en que la burguesía lo fue y lo es. La revolución proletaria no es una revolución en el sentido en que lo han sido las revoluciones anteriores porque no tiene nada que ver con una nueva forma de dominación de clase. Es una incongruencia con la teoría marxista el decreto de Stalin (y sus sucesores) de superación de la dictadura del proletariado en la URSS porque allí existía el socialismo y en consecuencia el estado soviético sería un 'estado de todo el pueblo'. El materialismo histórico demuestra que el estado existe únicamente en las formaciones sociales donde existen clases y lucha de clases y una clase dominante que ejerce su dictadura. Teóricamente la noción de un estado que fuera estado de todo el pueblo es un absoluto contrasentido.<sup>21</sup> El capítulo con el que comienza *El Estado y la Revolución* se titula: *El Estado producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase*. En ese capítulo, a propósito de Engels, hace Lenin la primera referencia a la Comuna de París, con unas líneas importantísimas:

En realidad habla Engels aquí de la 'destrucción' del estado de la *burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la extinción del estado se refieren a los restos del estado *proletario después* de la revolución socialista. El estado burgués no se 'extingue', según Engels, sino que *'es destruido'* por el proletariado en la revolución. El que se extingue, después de esta revolución, es el estado o semiestado proletario.<sup>22</sup>

Diferenciaciones de Lenin, abolición (anarquista),

destrucción, extinción, con las que no se pueden hacer juegos de manos. Nos será también de una enorme utilidad en el seminario el comentario que iremos haciendo de la obra de Kelsen, demasiado olvidada, *Socialismo y Estado*<sup>23</sup>, por varias razones, entre ellas, la importancia intelectual del constitucionalista austríaco de Praga y autor de *Teoría pura del derecho*, y la cercanía de la obra escogida (1920-1923) a las formulaciones iniciales de Lenin y del estado de los soviets. Esto nos sustrae a la 'contaminación' posterior estalinista que requiere su propio análisis. Que Kelsen señale el párrafo siguiente de *El Estado y la revolución* nos ofrece una muestra de la sutileza de su lectura:

Toda la sociedad será una gran oficina y una gran fábrica con igualdad de trabajo e igualdad de salario. Pero esta disciplina de fábrica que el proletariado, vencidos los capitalistas y derrotados los explotadores, extenderá a toda la sociedad *no es del todo nuestro ideal ni nuestra meta final* (subrayado mío): ésta es sólo la etapa necesaria para limpiar radicalmente la sociedad de las suciedades e ignominias de la explotación capitalista y asegurar la ulterior marcha hacia delante (cursiva del texto).<sup>24</sup>

«No es del todo nuestro ideal ni nuestra meta final». Retengamos esto. En muchas ocasiones, cuando se citan las *Cartas del vidente* (las cartas que Arthur Rimbaud dirige a Georges Izambard y Paul Demeny) para traer a colación la famosa proposición de Rimbaud, «Yo es otro», se tapan, se dejan en el aire, una serie de datos esenciales: la relación de esa proposición con otra a la que viene atada, «nos equivocamos al decir: yo pienso: deberíamos decir me piensan»; las fechas en las que se escriben las cartas, esto es, 13 y 15 de mayo de 1871<sup>25</sup>; el deseo de Rimbaud de compartir el destino comunero «donde tantos trabajadores siguen muriendo»; la realidad de que las cartas llevan cosidos poemas. Este en concreto:

21 La sorpresa a la que nos condujeron nuestras investigaciones fue que lo que es una incongruencia para la teoría marxista puede no serlo para el proletariado como clase en el poder. El estado de todo el pueblo es una barbaridad sin sentido que oculta lo que queda detrás: la posibilidad imprevista de un estado del proletariado. Eso es el estalinismo (entre otras cosas).

22 *Op. cit.* pp. 27-28.

23 Editorial Revista de derecho privado, (Edarsa), Madrid, 1985.

24 Es la versión que hay en la obra de Kelsen citada (p. 178). La versión de Lenin que citamos difiere un poco pero no es sustancial (*op. cit.* p. 147).

25 Así por ejemplo Friedrich dice en general: «En 1871 Rimbaud escribió dos cartas», etc, (*op. cit.* p. 82) o «Desde 1871, la poesía de Rimbaud va siendo cada vez más un





«De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico  
si las «casualidades» no desempeñasen ningún papel »

### Canto de guerra parisino

La primavera es ya innegable, pues  
desde el corazón de las Propiedades verdes,  
el vuelo de Thiers y de Picard  
mantiene sus esplendores abiertos.  
¡Mayo! Qué delirantes culos al aire.  
Sèvres, Meudon, Bagneux, Asnières,  
escuchad cómo los bienvenidos  
siembran las cosas primaverales.  
Llevan chacó, sable y tam-tam,  
no el viejo cajón de velas;  
y canoas que no podían, no podían . . .  
surcan el lago de aguas rojas.  
Más que nunca estamos de juerga  
cuando sobre nuestros cubiles vienen  
a desplomarse los cabujones amarillos  
en estas albas peculiares.  
Thiers y Picard son unos Eros,  
conquistadores de heliotropos,  
con petróleo pintan Corots:  
ahí zumban como abejorros sus tropas. . .  
¡Son parientes del Gran Turco!. . .  
Y, tumbado entre los gladiolos, Favre  
convierte en acueducto su parpadeo  
y aspira pimienta por la nariz.  
La gran ciudad tiene el piso caliente  
pese a vuestras duchas de petróleo,  
y vamos a tener, sin duda  
que reñiros por vuestro trabajo. . .  
Y los Rurales que descansan tan cómodos  
tanto tiempo en cuclillas,  
oirán las ramitas que se cascan  
entre las rojas magulladuras.

Para empezar, ¿quiénes eran Thiers, Picard, Fevre? ¿Los rurales? Por supuesto Lissagaray les dedica muchas páginas en su obra que hemos tomado como referencia histórica principal. Pero también aparecen por ejemplo, en *La guerra civil en Francia* (Thiers como personaje central) y en la correspondencia de Marx. Escogeremos como anexo en esta ocasión, tres cartas a Kugelmann fechadas las dos primeras en abril de 1871, durante los acontecimientos de París, y, otra de junio, inmediatamente después de la masacre.

### Anexo

#### Carta a Ludwig Kugelmann

Londres, 12 de abril de 1871

Si te fijas en el último capítulo de mi Dieciocho Brumario, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla, y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París. ¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina, originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será, exclusivamente, de su «buen corazón». Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían iniciar la guerra civil, ¡como si el mischievous avorton de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar a París! El segundo error consiste en que el Comité Central renunció demasiado pronto a sus poderes, para ceder su puesto a la Comuna. De nuevo ese escrupuloso «pundonor» llevado al colmo. De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio. Que se compare a estos parisienses, prestos a asaltar el cielo, con los siervos del cielo del sacro Imperio romano germánico-prusiano, con sus mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a junkers y, sobre todo, a filisteísmo.

A propósito, en la edición oficial de documentos acerca de los subsidios abonados directamente de la caja de Luis Bonaparte, se indica que Vogt percibió en agosto de 1859 ¡40.000 francos! Lo he comunicado a Liebknecht para que haga uso de ello cuando llegue el momento. [...]

## «Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase»

### Carta a Ludwig Kugelmann

[Londres], 17 de abril de 1871

He recibido tu carta. Estoy agobiado de trabajo. Por eso sólo escribo unas palabras. No puedo comprender de ningún modo cómo puedes comparar las manifestaciones pequeñoburguesas tipo 13 de junio de 1849, etc., con la lucha que se desarrolla hoy en París.

Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables. De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las «casualidades» no desempeñasen ningún papel. Como es natural, las casualidades forman parte del curso general del desarrollo y son compensadas por otras casualidades. Pero la aceleración o la lentitud del desarrollo dependen en grado considerable de estas «casualidades», entre las que figura el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste.

La «casualidad» desfavorable decisiva no debe ser buscada esta vez, de ningún modo, en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia en Francia de los prusianos, que se hallaban a las puertas de París. Esto lo sabían muy bien los parisienses. Pero lo sabían también los canallas burgueses de Versalles. Por eso plantearon ante los parisienses la alternativa: aceptar el reto o entregarse sin lucha. La desmoralización de la clase obrera en este último caso habría sido una desgracia mucho mayor que el perecimiento de cualquier número de «líderes». Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo.

### Carta a Ludwig Kugelmann

[Londres], 18 de junio de 1871.

Querido Kugelmann:

Te ruego que perdones mi silencio. Incluso ahora sólo tengo tiempo para escribirte unas líneas.

Ya estás enterado de que durante el tiempo en que ha durado la última revolución de París, he sido denunciado por los periódicos de Versalles (con la colaboración de Stieber), y por repercusión por los periódicos de aquí, como el «principal dirigente de la Internacional».

A esto se añade la Alocución, que supongo que finalmente habrás recibido. Ha hecho un ruido de mil demonios y tengo el honor de ser *at this moment the best calumniated and the most menaced man of London*. Todo esto realmente me sienta muy bien después de veinte años de aburrido idilio. El periódico gubernamental «Observer» amenaza con perseguirme judicialmente.

*Qu'ils osent! Je me moque bien de ces canailles-la!* Te mando con mi carta un recorte de «Eastern Post»: publica nuestra respuesta a la circular de Jules Favre. Nuestra réplica ha aparecido primero en el «Times» del 13 de junio, y por esta razón recibió una buena bronca del señor Bob Low (*Chancellor of the Exchequer and member of the supervisión comittes of the Times*).

Mi agradecimiento a los Reuters y *my best compliments to Madame la comtesse et à ma chère Fränzchen*.

Tuyo,

K. Marx